

Carta Nº 714

A mis queridísimas cohermanas en Jesús
e hijas de la Santísima Virgen María.

Mis queridas hijas espirituales:
¡A todas Uds. ¡saludos cariñosos en el Señor!



Desde hace varios años, misioneros de América me han suplicado que envíe Hermanas de las Escuelas para la educación de la juventud femenina, de modo que en aquel país la religión católica pueda ser defendida y fortificada. El Rey Luis, padre de nuestro país, aprueba muy contento el que nosotras aceptemos esta misión, y nuestro prelado lo ha autorizado. Si Dios quiere, a mediados del mes que viene las Hermanas partirán para Santa María, una ciudad en Pensilvania. Su pobre Madre Teresa de Jesús las acompañará. Considerando lo incierto de mi regreso, quisiera dejarles a Uds., mis hijas espirituales, un recuerdo. No conozco nada mejor que aquello que tantas veces les he hecho presente por la palabra, tanto hablada como escrita. Acéptenlo, pues; léanlo y tómenlo a pecho.

El estado religioso, al que Dios en su bondad nos ha llamado sin ningún mérito nuestro, nos obliga a luchar permanentemente por la perfección. Esto nos exige nuestro Señor: “Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto”. En mi opinión, nuestra perfección está en el amor de Dios. A los ojos de Dios somos perfectas en la medida en que poseemos el amor de Dios. Por lo tanto, Dios debe ser en todo nuestra meta, nuestro fin, nuestro bien supremo, en el que encontramos todo lo que nos hará contentas y verdaderamente felices. Cada día – mejor: cada hora – y en el comienzo de cada acción, queremos ofrecerle nuestros pensamientos más íntimos; queremos honrarle con cada palabra que decimos; no queremos tolerar nada en nuestro corazón que no sea de Dios. Por eso queremos desprendernos de todas las creaturas, especialmente de conocidos y parientes, y darnos a Dios con todo nuestro corazón, ya que éste le pertenece a Él. Cuando hayamos logrado morir antes de ofender al Bien Supremo cometiendo aún el pecado más pequeño, tenemos la seguridad de amar a Dios! Amémoslo sobre todas las cosas, y a nuestras cohermanas y prójimos como a nosotras mismas. El Espíritu Santo nos ha unido y Jesucristo, nuestro Esposo Divino, nos ha aceptado para su servicio como sus esposas y hermanas.

Por eso, amémonos en la salud y en la enfermedad, en tiempos de alegría y de preocupación. Cuidemos con cariño de nuestras Hermanas ancianas y enfermas que, para su propio gran pesar, no pueden seguir el orden normal respecto al levantarse, alimentarse y trabajar. No nos disgustemos con ellas, ni las juzguemos ásperamente, si su cuerpo debilitado ocasionalmente necesita mejor comida, o se les hace necesario tomar algo de comida o bebida fuera del tiempo reglamentario. Nadie detesta tanto como ellas mismas estas excepciones molestas. “La misma medida que usemos nosotras para los demás usará el Señor para nosotras, sea con misericordia, sea sin compasión. – Queremos también recordar con cariño a nuestras cohermanas difuntas, correr en su auxilio mediante la oración y las obras de penitencia como lo prescribe nuestra Santa Regla, y estar atentas a los aniversarios de su muerte. ¡Qué consuelo será para nosotras el saber que después de nuestra muerte nuestras cohermanas harán lo mismo para nosotras! Dios se ocupará de que así sea, porque Él es justo. Cualquier cosa que hagamos al menor de sus hermanos, la hacemos a Jesús mismo. Esta es la señal por la cual seremos reconocidas como buenas religiosas, discípulas y esposas de Jesús: amarnos unas a otras a ejemplo de Jesús que en la cruz rezó aún por sus enemigos y que nos amó a todos, aún hasta la muerte. Por más fuertes que sean las tormentas de afuera, nuestra Congregación florecerá y estará firme, mientras permanezcamos unidas entre nosotras en este santo amor y alejemos de nosotras todo o malo, también aquel tipo de amistad particular que todo lo contamina. Pero si se disuelve este lazo del amor divino y fraterno, si dejamos de tratarnos mutuamente con respeto, humildad y amabilidad, entonces se disgregará también nuestra congregación, y será por culpa nuestra la afrenta hecha a Dios que constituirá nuestra propia perdición. Por eso, mantengámonos firmemente unidas a Jesús y a María, a nuestra santa Iglesia católica y en ella a nuestra Casa Madre común, para no vacilar.

Obremos con más humildad después de cada confesión y, en unión con Jesús, demos más amor después de cada santa comunión. Así no tendremos que temer que el Señor deje de proteger su obra con su poder divino, como hasta ahora lo ha hecho. Haremos visible este amor ante Dios y los hombres cuando observamos fielmente nuestros Santos votos.

Ellos son nuestras armas y nuestra corona. En el día de su santa profesión, yo les prometí la vida eterna, queridas Hermanas, en el nombre de Jesús, si Uds. cumplen los votos fielmente. El primero entre ellos, y el sacrificio más grato a Dios, es la Obediencia, trátase de algo fácil o difícil, agradable o desagradable. Queridas Hermanas, abracemos y amemos la obediencia como Jesús, nuestro divino Esposo, la amó y la cumplió hasta la muerte.

Como una persona hambrienta ansía la comida, así debemos constantemente desear la obediencia, porque ella hace a nosotros, los religiosos, santos ante Dios. Sin ella, nada de lo que podamos hacer le resulta agradable a Dios. Veamos pues siempre, queridas Hermanas, la persona de Jesús, no sólo en la Superiora General de la Congregación, sino también en nuestra superiora local. Es Él quien nos habla a través de ellas. Jesús mismo nos enseña esto; podemos, realmente, debemos creerle. ¿Acaso alguna vez una religiosa obediente se ha extraviado, o no ha alcanzado la salvación eterna? – Pero ¿qué ha sido de las desobedientes, quienes siguieron su propia voluntad? Cayeron en el abismo del vicio, tal como los ángeles desobedientes fueron arrojados del cielo al infierno. Perecieron, hasta en el convento, después de convertir la casa de Dios en una cueva de ladrones. No puede ser de otra manera, porque Dios mismo resiste a estas religiosas desobedientes y rebeldes, que no sólo obedecen murmurando y quejándose, sino hasta con suspiros y lágrimas, o que recién obedecen después de haber sido mandadas dos o tres veces, y aún entonces de mala gana. Ellas se levantan contra Dios y desatenderán a Él, a su palabra y a su conducción y tratarán de destronar a Él para entronar su propia voluntad, como lo intentó el caudillo de los ángeles malos en el cielo. ¿No se parecen a los ángeles caídos estas Hermanas desobedientes? Compartirán su misma suerte. Qué distinto será lo que sucede con las Hermanas que llevan el yugo del Señor con amor paciente, como lo han prometido al entrar, cuando recibieron de mis manos la imagen de Jesús crucificado. Estas Hermanas fervorosas se someten humildemente a sus superiores por amor a Dios. A través de ellos se dejan guiar por el Señor Jesús, como buenos hijos por su madre, como ovejas por el pastor. Sí, por eso son ellas ovejas del Buen Pastor que no las abandonará jamás. Las Hermanas humildes son las obedientes, pero donde aún vive la orgullosa terquedad hay desobediencia. A los ojos de Dios, nuestra congregación tendrá tantas Hermanas santas, cuantas obedientes tiene. Si somos obedientes, ciertamente podremos contar con la ayuda de Dios en todo para el convento y la escuela. Poseemos a Jesucristo y hemos progresado en la perfección en la medida en que practicamos la perfecta obediencia que es filial, respetuosa, precisa y pronta. En la santa obediencia damos testimonio ante Dios y los hombres de lo que tantas veces aseguran nuestras palabras: que creemos en Dios, le amamos y esperamos en Él, porque la obediencia encierra todas las otras virtudes. Oh, ¡quién de nosotras no quisiera ser obediente tanto en lo pequeño como en lo grande! Practiquemos la obediencia por amor a Dios, como siempre lo hizo María, nuestra santa Madre.

La obediencia religiosa requiere también la Santa pobreza.

Nuestro Señor Jesús la amó entrañablemente, la observó durante toda su vida y la santificó con su ejemplo divino. Por su divino consejo hemos dejado todo y le hemos seguido para encontrar un tesoro en el cielo. Por nuestra propia libre voluntad hemos hecho voto de vivir pobres según su santo ejemplo. Por eso, ahora estamos obligadas a practicar la pobreza evangélica, si no queremos encontrar la misma muerte eterna que cayó sobre Ananías y Safira. Queridas Hermanas, no hay nada que podamos considerar propiedad nuestra; por eso no podemos dar o recibir, retener o prometer algo, aceptar de otros o guardar en secreto algo, ni aún cambiar cosas o llevarlas cuando viajamos. Sin el debido permiso de nuestra superiora no podemos usar, de acuerdo a nuestro criterio, lo que la comunidad nos ha dado para el traslado, sea alimento, ropa, dinero, libros o cuadros o cualquier otra cosa. Dios lo quiere así, lo hemos prometido con un voto, y debemos cumplirlo si queremos subsistir ante Dios y no burlarnos de Él, nuestro Juez eterno. También las novicias deben practicarlo estrictamente y en los más mínimos detalles; de otro modo, no observarán la regla cuando hayan profesado, ni serán fieles en cosas de importancia.

Sin embargo, no nos contentemos con esto, sino luchemos por la perfección, también en este sentido, de acuerdo a nuestra santa vocación. Como Hermanas Pobres de las Escuelas debemos conformarnos con poco y cuidar lo que las Superiores nos dan para el uso. Si se nos deja a elección, elijamos siempre lo más pobre y dejemos lo mejor a nuestras cohermanas. En realidad, esto significa dejarlo a Jesús en la persona de nuestras Hermanas. En caso que tengamos que experimentar privaciones más grandes por un costo de vida aún más elevado, o nos sobrevengan otros castigos de Dios, como bien lo hemos merecido, suframos gustosamente la privación como Jesús, María y José, el pobre Lázaro y miles de otros santos. Esto parece en el primer momento amargo y repugnante a nuestra naturaleza sensual. Pero tan pronto como uno se ha compenetrado del significado verdadero, ¡qué dulce se le hará el amor de Dios! ¡Qué honor para nosotras, pobres creaturas, si nos está permitido asemejarnos en algún grado a Jesús y a María, la Madre virginal de nuestra congregación – aunque nuestro modo de vivir no sea tan pobre como el suyo! - No necesitamos inquietarnos más que las aves del cielo y las flores del campo, porque el buen Señor mismo cuidará de nosotras, proveyéndonos vestido y alimento. Sí, el buen Señor Jesús cuidará de nosotras como cuidó a sus queridos apóstoles, y a los pobres que le siguieron al desierto. –

Si llegara a suceder que debemos dar clases sin recibir remuneración, y si cesara la tierra de darnos pan, Él puede hacer llover pan del cielo, así como lo hizo para los israelitas en el desierto. Le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Cómo podrá permitir este indeciblemente amante Esposo que sus esposas fieles, obedientes y amantes de la pobreza mueran de hambre! – Por eso, queridas hijas, no teman; confíen en Dios y sigan Su camino. Entonces el infinitamente bueno y misericordioso Dios estará con Uds. Ni Dios ni los hombres nos querrán si nosotras, que nos llamamos Hermanas Pobres de las Escuelas, expresáramos muchas necesidades sensuales y tratáramos de satisfacerlas de una manera prohibida por la Santa Regla y contra el voto de pobreza, esto es, de un modo pecaminoso. Faltaríamos si pidiéramos cosas a seculares, parientes o alumnas, si compráramos, cambiáramos, aceptáramos o guardáramos objetos, los consumiéramos o usáramos; si nosotras, Hermanas Pobres de las Escuelas, huyéramos del trabajo y sin necesidad permitiéramos que seculares nos lo hicieran, no importa que el sueldo fuese alto o bajo. Faltamos si no estamos conformes con pocas cosas, por otro lado deseamos que todo sea hermoso y conservamos a nuestra disposición cantidades innecesarias de algo, si dejamos de cuidar las cosas pequeñas en cuanto a ropa, alimento, muebles, útiles escolares, utensilios para el trabajo etc., para nosotras o para las pupilas. Una buena religiosa atribuye gran importancia a estos pequeños sacrificios, pues el Señor Jesús mismo nos asegura que el que no es fiel en lo pequeño, tampoco lo será en cosas más grandes. La causa por la cual tantas comunidades religiosas gradualmente llegan a ser infieles a Dios y caen en una completa sensualidad mundana, es que han dejado de dar importancia a cosas pequeñas y así han perdido el espíritu de pobreza.

Este espíritu de pobreza es el espíritu de nuestra congregación. Si nos apartamos de él, queridas Hermanas, nuestra congregación decaerá. ¿Cómo rendirán cuenta ante el juicio de Dios aquellas Hermanas que han contribuido a esta destrucción? Los ángeles buenos se apartarán de ellas con pena y los ángeles malos procederán a acusarlas ante el trono de Dios denunciando cada falta contra la santa pobreza. También Judas fue infiel primero sólo en cosas pequeñas, más tarde vendió a Jesús por pocas monedas de plata – y ¿cómo terminó? –

La santa castidad

La obediencia nos lleva además a observar la santa pureza, a conservarnos puras y sin mancha como es propio de esposas de Cristo. Hace mucho tiempo, queridas Hermanas, hemos sabido que esta hermosa y delicada virtud se pierde fácilmente y que en cada una de nosotras puede florecer pura e intacta solamente si la rodeamos de las espinas de modestia y vigilancia. Por eso necesitamos mortificarnos diariamente. Mientras que recemos humilde y confiadamente, Dios no nos dejará caer. Vivamos de modo que podamos recibir la santa Comunión con frecuencia, y así tendremos fuerza para la lucha contra el mundo, la carne y el demonio.

Siempre que dé la hora, invoquemos a María, la buenísima madre de nuestra congregación, para pedirle su ayuda; hagámoslo con confianza filial, particularmente en tiempos de tentación. – En

cuanto a conservar nuestros corazones puros nos es absolutamente necesario observar con toda solicitud y fervor la clausura.

Jesús, nuestro Señor, se refirió a esto cuando nos advirtió: “Sean prudentes como las serpientes y sencillas como las palomas”. ¿Por qué no cerramos conscientemente nuestros ojos y nuestros oídos, nuestros corazones y nuestras casas al mundo? Siempre he encontrado, para mi gran consuelo, que las mejores y las más bendecidas entre las casas filiales son aquellas, donde se vivía la vida más silenciosa y retirada;. Ojalá que las buenas Hermanas fuera de la santa confesión ni hablaran ni trataran con los confesores, sino que en todas sus dudas buscaran y recibieran consejo de la Casa Madre, y tampoco abusaran del sacramento de la penitencia quejándose de lo que hacen y no hacen sus cohermanas, teniendo conversaciones y confidencias innecesarias, sino que se acusaran arrepentidas de sus propios pecados y faltas. Entonces conservarían su paz interior y no llegarían a ser motivo de comentarios entre la gente, y se mantendrían puras. Porque así como un perfume, por más fuerte y bueno sea, se evapora y se pierde si el recipiente no se mantiene cuidadosamente cerrado, y como la luz de un farol se apaga cuando se la deja abierta y expuesta al viento, así se extinguirá el espíritu de devoción, de amor, de pobreza, la luz de la fe y la iluminación divina; en una palabra, el espíritu de la congregación, el espíritu de Jesús, si no cerramos cuidadosamente nuestros sentidos exteriores e interiores, nuestras puertas al mundo.

En santa obediencia, exhorto a todas las Hermanas a ser conscientes en cuanto a la clausura. Temo una gran desgracia para aquellas que no obedecen esta advertencia. Y si hubiera Hermanas que no tienen vergüenza de procurarse toda clase de noticias por medio de seculares, conocidos y parientes y hasta de sacerdotes, gustan de escribir y recibir cartas de afuera, pierden su tiempo precioso en charlas inútiles en el locutorio y en las puertas de sus aulas, reciben y atienden seculares en la comunidad, descuidando de ese modo el servicio de Dios y los sagrados deberes de su vocación, con curiosidad averiguan todo lo mundano y se lo hacen contar por los alumnos, todos los días dejan sus puertas abiertas sin vigilancia por un tiempo prolongado, así que cualquiera puede entrar y salir - ¡cómo podrían semejantes Hermanas todavía llamarse religiosas, teniendo una casa abierta! ¡Cómo podrían seguir llamándose hijas de nuestra Madre María, que tanto amaba y tan fielmente observaba durante toda su vida la soledad virginal y el silencio, el recogimiento y la separación del mundo! ¿No dirá Jesús a estas Hermanas mundanas, lo que dijo el esposo a las vírgenes necias: “No os conozco”? Pues tales Hermanas evidentemente no se unen a Jesús, sino al mundo, participan de sus alegrías y penas, lo aman, lo desean y lo buscan, rindiendo homenaje y ofreciendo sacrificios a él y no a Dios – ay, lamentablemente al mismo mundo que crucificó a su divino esposo Jesús. Oh, a quién no asustarían las palabras del santo Apóstol: “Los que aman al mundo son enemigos de Cristo.” Por eso, hijitas queridas, no amen al mundo. Estemos crucificadas para el mundo así como él lo está para nosotras. Odiemos y huyamos de lo que el mundo ama y busca, y lo que él huye y odia, nosotras lo amaremos y buscaremos en el silencio y seguiremos a nuestro divino Esposo y Señor, junto con María, la Madre amada de nuestra Congregación. En el pacífico recogimiento, lejos del mundo, seremos ricamente compensadas pues allí hablará el Espíritu de Dios a nuestros corazones más perceptible y precisamente. Observando la clausura, que es tan necesaria para nosotras, y que tiene el sello del Señor quien nos ha desposado, seremos conservadas puras e incontaminadas del mundo maligno. Aquella Hermanas que miran atrás hacia el mundo y quieren asociarse a él, están llenas de imágenes y pensamientos terrenales, y es por eso que están llenas de distracciones en la oración. Están tibias y descontentas con su santa vocación y hundidas en la confusión. En cambio, las Hermanas amantes de Dios, que observan interior y exteriormente la separación del mundo, así como nuestra Santa Regla lo ordena estrictamente, guardan sus corazones puros e intactos, por eso pueden contemplar a Dios y gustar cuan bueno es el Señor. Si Jesús es el tesoro de nuestros corazones, desearemos siempre estar con Él y no con el mundo. Tengamos presente lo que Él con tanto amor nos dice: “Quien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” “¡Guárdense de la levadura de los fariseos!” “¡Ay de Uds., si les alaban los hombres; así lo hicieron también con los falsos profetas!” “Uds. llorarán y se lamentarán, pero el mundo se regocijará. ¡Alégrense y regocijense, si son perseguidas por mi nombre; su recompensa será grande en el cielo!”

Escuela y pupilas

Queridas Hermanas, ¿por qué nos sometemos todas a la obediencia religiosa y no seguimos nuestra propia voluntad? ¿Por qué renunciamos a la propiedad y al amor de los bienes terrenales y vivimos voluntariamente pobres? ¿Por qué permanecemos célibes y apartadas del mundo? ¿Por qué debemos tratar incesantemente de santificarnos? Acaso no es porque podemos así llegar a ser mejores y más libres de los cuidados de esta vida e ir al encuentro de los queridos niños como madres espirituales, sirviendo en ellos a nuestro Salvador? Este es el objetivo de nuestra congregación, el fin para el cual Dios la llamó a la existencia. Queridas Hermanas, que sea nuestro más serio esfuerzo, llevar con nosotras al cielo las almas de muchos niños para quienes nuestro divino Esposo derramó su sangre en la cruz. De este modo contribuiremos a la gloria y al honor de Dios y creceremos en el amor a Él, de modo que su Reino pueda llegar a nosotros. Diariamente le pedimos esto en la oración. Debemos trabajar diligentemente para que de nuestras escuelas egresen jóvenes virtuosos, devotos, obedientes y laboriosos y así se reintegren a sus familias. El Señor mismo, cuando anduvo entre nosotros, trabajó incansablemente hasta el fin de su vida y los Apóstoles hicieron luego lo mismo. Cuánta pobreza, hambre, privación, persecución, azotes, cadenas, prisiones y hasta el martirio sufrieron ellos, con tal de llevar a los hombres a Dios y salvar sus almas. –

Oh, no olvidemos nunca el amor de Jesús por los niños, a quienes alzó en sus brazos, acarició bendijo. “Cualquiera que recibe a uno de estos pequeños en mi nombre, a mí me recibe.” Crezcamos en verdadera sabiduría, humildad, paciencia invencible, por medio de todas nuestras oraciones, santas comuniones, misas y penitencias. Con ello atraeremos y uniremos los corazones de los pequeños a Dios como las moscas se atrapan con la miel. Retirémonos al interior de nuestro corazón para obtener de Jesús nueva fuerza y ayuda. Antes de comenzar las clases, invoquen siempre a Jesús, el divino amigo de los niños, que sea Él nuestro maestro en la clase. Confiemos los niños a María, al mejor de los corazones maternos, e imploremos a sus santos ángeles de la guarda ayuda y asistencia para ellos. Recen diariamente a nuestro santo padre Pedro Fourier, el patrono de todos los niños que Dios nos ha confiado. Queremos ser en nuestras escuelas madres de los queridos niños, no meramente sirvientas pagas. Si cumplimos nuestros deberes como religiosas en cuanto a nuestro propio progreso y perfeccionamiento, nuestra vida consagrada y edificante mostrará a los niños de un modo sumamente atrayente aquello que les enseñamos con palabras. Seremos capaces de enseñarles con unción, y Dios bendecirá nuestro trabajo entre los pequeños. De esto depende todo. Entonces no tendremos que temer: niños, padres y superiores estarán convencidos de que nuestra congregación existe para bien de la humanidad y que nosotras nos sacrificamos por la querida juventud, tal como nos lo pide el Señor. Sin esta gracia, todo lo demás no tiene valor ante Dios, no importa cuán ilustrados y hábiles puedan llegar a ser nuestros alumnos. Recordemos mucha veces el ejemplo de Jesús, el divino amigo de los niños. Enseñemos y cuidemos a los pequeños como lo haríamos con el divino Niño Jesús. Por esta caridad, Dios echará en olvido nuestros pecados. Nuestra alegría y gloria en el cielo aumentarán en la medida en que, con la ayuda de Dios, hayamos arrebatado al mundo las almas de los niños y las hayamos salvado para Dios. ¡Qué alegría para Jesús y María! ¡Qué consuelo tendremos nosotras por toda la eternidad si fielmente cumplimos los deberes de nuestra santa vocación! Oh, ¡que todas las Hermanas lo tuviesen en cuenta! ¡Cuán maravillosamente florecería nuestra congregación, cuán próspera y ampliamente se extendería y cuántas almas inmortales de niños se salvarían! Por eso, una vez más, trabajemos con amor, lo mejor que podamos, para los alumnos y las pupilas! Lo debemos a Dios, y nuestros enemigos nos observan rigurosamente.

Para ser fieles a nuestros votos necesitamos muchas y grandes gracias, y Dios quiere que se las pidamos.

Recemos por lo tanto sin cesar, siguiendo al mandato del Señor. Esto lo requiere también nuestro estado religioso. Así como el agua es el elemento imprescindible para el pez, así lo es la oración para nuestras almas. Cuántas veces hemos escuchado que la oración es la escalera, la llave y la puerta para el cielo. La oración es realmente comida y bebida celestial para el alma que sin ella languidecerá; medicina para el enfermo que desea recuperarse; alegría para el triste, fortaleza para el débil, salvación para el pecador, delicia para el justo, sostén comunitario para

toda la Iglesia. Queridas Hermanas, sin la ferviente oración jamás seremos perfectas. Nuestros corazones permanecerán fríos e inertes, si no nos inflama y anima la oración. Sin profunda oración, jamás estaremos unidas a Dios, porque no nos acercamos a Él. Tenemos que subir a la montaña con Moisés. Sin oración seremos siempre personas ignorantes y pecadoras, porque descuidamos la meditación de las perfecciones de Dios y la de nuestros propios defectos en el espejo de la devoción. Sin la oración fervorosa, nuestra alma no recibe ni la consolación, ni el aliento y las caricias del Espíritu Santo, y finalmente se desespera o busca otro amor que no es Dios. ¡Qué cosas maravillosas obtuvieron Abrahán, Moisés, Elías y otros por medio de sus oraciones! ¿No sigue Dios siendo el mismo? ¿No podemos nosotras obtener favores similares por la oración, ya que nuestro Señor prometió que vamos a recibir del Padre todo lo que le pidamos en Su nombre? Queridas Hermanas: ¿No deberíamos dedicarnos desde este momento y para siempre, con todo fervor, a la oración y acercarnos a este manantial de gracias? Sigamos también en esto a nuestro divino esposo que tanto amó la oración y la practicó a menudo durante noche enteras y nos exhorta con tanto amor a orar. ¡Cuánta necesidad tenemos de rezar por nosotras mismas, por nuestros niños y por nuestros bienhechores! – Ante todo, hagamos la oración debida en el Espíritu y en la Verdad, la diaria meditación con la mejor preparación y nuevamente en el Espíritu y en la Verdad, y luego a lo largo del día, ordenemos nuestra vida, eliminemos nuestras imperfecciones y avancemos así cada día un paso; de lo contrario quedaríamos atrás y llegaríamos tarde también para las bodas celestiales. - Por medio de la santa Misa, el gran sacrificio de reconciliación, participamos diariamente de los infinitos méritos de Jesús.

Aprovechemos también la lectura espiritual. “La esposa de Cristo” de Rodríguez y la “Imitación de Cristo” contienen renovación y enseñanza para mente y corazón.

Hijas mías, no dejen de rezar, porque si se pierde el espíritu de oración, todo se vuelve tibieza y muerte. Por eso, Hermanas, “Vigilad y orad para no caer en tentación”.

Conscientes de nuestros pecados y del duro sufrimiento de Jesús, nuestro divino esposo, no queremos dejar pasar un día sin añadir a nuestra oración una seria Penitencia.

Porque ese día en que no nos mortifiquemos está perdido para nosotras. “Hagan penitencia,” exclamó el Señor ante el mundo al comenzar su vida pública, “el Reino de Dios está cerca”. Sí, Jesús, tú has dicho la verdad. Sin penitencia no vendrá a nosotros tu Reino. Por esta razón, queridas Hermanas, tengamos en cuenta esta palabra de Jesús y hagamos seriamente penitencia. Grandes son las ventajas y glorioso es el premio que nos consigue la penitencia. Con ella damos en vida satisfacción a la justicia de Dios por los pecados que hemos cometido y por cuya remisión rezamos diariamente. Y ¿no es esto más fácil que expiarlos recién en el otro mundo – sabe Dios durante cuánto tiempo y cuán dolorosamente? La penitencia hace más eficaz nuestra pobre oración, para que llegue hasta Dios. Por medio de la penitencia alejamos a los espíritus del mal, mortificamos nuestro egoísmo – la raíz de todos los vicios; se extingue la vehemencia de la concupiscencia y preparamos el camino a la santidad. Por la penitencia nos proporcionamos un sueño tranquilo y reconfortante, fortalecemos nuestra salud y prolongamos nuestra vida. Por la penitencia alcanzamos el don de lágrimas y de arrepentimiento, obediencia sincera, paz y alegría del alma. La penitencia es la sal con la que mortificamos los vicios y revitalizamos en nosotras todas las virtudes. Ella fortalece nuestro espíritu maravillosamente y nos obtiene consolación celestial. La penitencia es un muro protector para la castidad y la ciudadela de santidad. ¡La penitencia nos hace invencibles y gloriosas a los ojos de Dios y de los hombres! – Muchas veces leemos en la vida de Jesús – era una vida llena de voluntaria y dolorosa penitencia. Él, nuestro esposo divino, estaba cubierto de llagas, fue coronado de espinas, maltratado, burlado, escupido, mutilado con azotes, postergado tras malhechores y asesinos y finalmente crucificado – y nosotras, pobres pecadoras, ¿queremos ser sus esposas, ser glorificadas con Él en el cielo, triunfar un día junto a Él, y no hacer penitencia en la tierra? ¡No nos engañemos, querida Hermanas! Únicamente haciendo penitencia durante toda nuestra vida nos preparamos para una muerte santa, llena de paz, para un juicio misericordioso, para una resurrección gozosa y una eternidad bienaventurada. ¡Adelante pues, caras Hermanas, y hagamos penitencia con fervor! Jesús, nuestra amada Madre María y todos los queridos Santos nos guían en el camino de penitencia y sufrimiento. Sigámosles; es sólo por un breve tiempo y nos trae un premio imperecedero y precioso. ¡Sin lucha no hay victoria, sin victoria

no hay corona! Querer ser una persona consagrada y no querer hacer penitencia es algo absurdo. Por eso no puedo sino llorar y quisiera llorar sin cesar sobre la ceguera de aquellas Hermanas que no pisotean el miserable orgullo, que no se tornan obedientes, que derraman lágrimas punibles por las menores reprimendas, por bienintencionadas que sean, quizás hasta suscitan alboroto y rebelión y con su vida impenitente aún dan escándalo a extraños, ante quienes estas cosas no quedan ocultas. Qué será de semejantes personas religiosas aquí y en el más allá, pues el mismo Señor dice: “¿Cómo pueden tener fe Uds. que aceptan honores unos de otros? Él niega pues a semejantes espíritus soberbios hasta la fe, sin la cual de ninguna manera se puede agradar a Dios. Oh, ¡qué vergüenza sentirán ellas un día y cómo desearán poder ocultarse cuando aparezca en las nubes el divino Salvador crucificado para juzgar a los pecadores, con el signo glorioso de la cruz que ellas temieron y evitaron durante su vida! En cambio, ¡con qué gozo y consuelo levantarán sus cabezas aquellas Hermanas que en la tierra siguieron a su Salvador en humildad y penitencia! – Oh, todas tenemos bastante motivo para humillarnos por nuestros antiguos pecados e imperfecciones y para ocupar en todas partes el último lugar, dejando que nos desprecien; ya que no merecemos nada mejor. Compitamos entre nosotras diariamente por hacernos más humildes, más pequeñas, semejantes a los amados niños, por mortificar la vanidad que nos impulsa a hacer muchas cosas buscando como los fariseos alabanzas humanas, y lamentablemente todo en vano, porque no es ni por Dios ni por la salvación de las almas. Comencemos en serio a arrojar esta vieja levadura que, como la polilla estropea las telas, penetra nuestras almas y arruina ante Dios todas nuestras Obras. –

No menos perjudicial es, queridas hijas, la indiscreción que nos impulsa a querer saber, tener, probar, ver, decir, oír y leer cuanto nos place o se nos presenta, aún siendo prohibido, por más que Dios por medio de nuestra conciencia nos llame y nos advierta con fuerza: “¡Deja esto! ¡Huye!”

Aquí debe ser mencionada especialmente la charla ociosa, puesto que tendremos que dar cuenta de cada palabra inútil. Nuestro juicio será un día tal como nuestro hablar. Un alma indiscreta se derrama hacia afuera y así queda en su interior completamente vacía y desolada, como sal sin fuerza. ¿Para qué sirve ésta todavía? Desde hace muchos años he estado experimentando que el orgullo y la indiscreción, como dos animales feroces, causan a las queridas Hermanas el mayor daño, las más profundas heridas. Nuestra primera madre Eva nos ha dejado un ejemplo amonestador; ¡en qué miseria se hundió y nos hundió por su indiscreción y orgullo! – Semejantes Hermanas, dadas al orgullo y a la indiscreción, siempre han sido aquellas con quienes menos he podido lograr. ¿Cómo podría ser distinto? Rezan sin devoción interior; obedecen tan sólo por respeto humano y exteriormente, sin temor de Dios y no como hijas amantes; nunca tienen el ánimo recogido – sus vanas charlas y risas lo demuestran; trabajan, pero no lo hacen bien, porque no lo hacen por amor a la gloria de Dios, aunque brillantes y gloriosas ante los ojos del mundo – pero sin la unción del Espíritu Santo. Es por eso que no he visto ni un niño llevado a la verdadera piedad por Hermanas tan inmortificadas. ¿Y cómo podrían lograrlo, si a ellas mismas les faltan fe y gracia? ¿Cómo descuidan a sí mismas y a los niños que Dios les ha entregado para la educación? ¿Quién podrá compensar esto?

De esto pueden Uds. deducir, queridas hijas, hasta qué punto la vanidad mundana, cuya raíz es el condenable orgullo, y la indiscreción son las causas principales de decadencia y derrumbe para toda la congregación y de la caída de una Hermana semejante. Luchemos pues todos los días de nuestra vida contra estos dos monstruos, hasta haberlos destruido mediante la humildad. Ay, cuánto ha tenido que sufrir el Salvador por esto, y ¿nosotras renovaríamos estos indecibles sufrimientos? ¡Oh, jamás! – Oh, qué nuevo y hermoso quedará todo, cuando nosotras lleguemos a ser religiosas humildes y mortificadas! ¡Qué paz reinará en nuestros corazones! ¡Qué tranquilidad habrá en nuestras casas, y qué paz en nuestra muerte! ¡Qué grande será nuestra felicidad en la eternidad! -

Por este motivo, las Hermanas deben hacer con diligencia el Capítulo de Culpas, prescripto por la Regla y tan odiado por Satanás, acusándose valiente y humildemente, aceptando una penitencia y esforzándose sinceramente por corregir lo que en ella se ha censurado. Esta es la escuela de la perfección. Lo que allí se juzga, ya no será juzgado por Dios. A esto pertenece

también que todas las Hermanas observen a conciencia el silencio mandado por la Regla, el orden del día y las prácticas conventuales, y que cada Hermana cumpla puntualmente sus deberes de estado. Entonces nuestra vida religiosa se parecerá al mecanismo de un reloj, donde minuto a minuto todo transcurre ordenadamente. De esto depende gran parte de la tranquilidad y perfección. ¡Cuántas veces y cuánto ya he escrito sobre esto a las Hermanas; ojalá también se esté haciendo! El orden viene de Dios y conduce a Dios. El desorden en nuestro obrar hace penetrar el desorden y la confusión en el alma. Una persona charlatana nunca estará bien. – Dios no nos castigará por no haber hecho muchas y muy grandes cosas, pero sí nos juzgará según hayamos hecho todas nuestras obras con buena intención, con celo prudente, en obediencia, de acuerdo al orden conventual y a nuestras obligaciones de estado; sólo así son buenas ante Dios. Una Hermana que con corazón sencillo, teniendo un talento ganó uno más por haber ejecutado fielmente las tareas que se le han encomendado, siguiendo el orden conventual y con buena intención, ocupará en el cielo uno de los primeros lugares, mientras otra Hermana con cinco talentos que empleó según su cabeza y voluntad, sin obediencia, sin observar el orden y los tiempos conventuales, y según su parecer ganó mucho con ello, ante Dios estará con las manos vacías. -

Seamos pues fieles servidoras de nuestro buen Señor, observemos el orden y los tiempos conventuales a conciencia. Nuestra vida es tan breve. Tratemos de reunir tesoros de buenas obras que podemos llevar con nosotras; porque llegará la noche de la muerte. – Entonces ya no podremos hacer nada. Sí, inesperado como un ladrón vendrá el Señor de la Vida y nos llamará; ¡estemos pues siempre preparadas para la muerte y la eternidad! Tenemos una sola alma que ya no podremos recuperar una vez que esté perdida. – Pero la muerte es amarga; ¡lo vemos en cohermanas que mueren! – Tan sólo la penitencia y las buenas obras nos la pueden endulzar. Ejecutemos cada una de nuestras obras como si fuese la última. El juicio del omnisciente Dios es severo. Penitencia y buenas obras practicadas en obediencia religiosa detendrán el brazo castigador de Dios. – Las penas del fuego infernol son espantosas y sin fin; penitencia y buenas obras practicadas en obediencia religiosa nos preservan de este fuego y de estas penas y nos regalan los gozos eternos del cielo. El cielo está lleno de inocentes y penitentes. Si ya no somos inocentes, entonces debemos tratar de llegar al cielo mediante santa penitencia, junto con los penitentes. – Queremos pues hacer penitencia durante toda nuestra vida por la observancia de los santos Votos, por humillaciones de toda clase, por el cumplimiento exacto de nuestras tareas profesionales y la observación del orden conventual. ¡Nuestra amada madre María, a quien queremos pedírselo diariamente, nos ayudará en ello!

Finalmente pido, exhorto y suplico a todas las superioras que sigan fuertemente adheridas a su Casa Madre, la que Dios ha hecho tan maravillosamente para nosotras. Con esto evitarán muchos sufrimientos y pecados. – Que en nuestras filiales conventuales no cambien nada ni introduzcan nada nuevo respecto al orden conventual, el amueblamiento de la casa y de la escuela. No deben olvidarse de que no han sido encargadas de una casa civil y humana, sino que en virtud de la santa obediencia reciben de Dios la administración de su sagrada causa y de su casa, no para hacer en ella su propia voluntad, sino que en obediencia la administren fielmente según su divina voluntad. Un día tendrán que dar rigurosa cuenta de esto. Que también guarden cada noche las llaves de su casa. - ¡Ojalá que a ninguna le pase lo de aquel injusto administrador en el Evangelio! - Que todas las superioras tengan en cuenta que la disciplina y el orden de su filial dependen en gran parte de su obediencia hacia la Casa Madre, de su devoción y vigilancia, su laboriosidad, su fiel amor al orden conventual y la observación de la santa pobreza, o también, que por su culpa se pierden. Si el ojo está turbio, todo el cuerpo está turbio. Ante Dios y sus superiores tendrán que responder por todo y cada cosa en su casa, que pues consulten con sus Hermanas todas las cosas importantes. Que las superioras sean luz y modelo para sus cohermanas – adelantándose con su buen ejemplo en todas las cosas que esperan de sus cohermanas. Esta es la enseñanza más eficaz. Que a ejemplo de su divino Esposo gobiernen a sus subordinadas por el amor materno, en verdadera humildad de corazón y con dulzura, más que por un carácter autoritario y una conducta repulsiva. Pero tampoco deben omitir por respeto humano la corrección de las faltas o dejar pasar desapercibida aún la más pequeña. – Mientras se cuide la oración, el silencio y lo pequeño, también en lo grande, en lo importante, las cosas estarán bien, y un día les dirá el Señor: “Vengan,

servidoras buenas y fieles, etc.” – Su consuelo siempre debe ser que Jesús, que les ha impuesto esta cruz, también les ayudará a llevarla y nuestra buena Madre María les socorrerá con todo cariño.

Por eso no se desanimen, más bien confíen como niños en el Señor. ¡Él peleará por Uds.! – A todas las otras Hermanas les ordeno por virtud de la santa obediencia y les pido por Jesús y María: Tengan siempre a Dios ante sus ojos, compórtense como hijas obedientes y pacíficas en el servicio de Dios, como Dios les manda ya por el 4º mandamiento. ¡Créanlo, el cargo de gobierno es una pesada carga con gran responsabilidad! Hagan pues que las superiores no les gobiernen entre suspiros, lo que no sería para el bien de Uds., sino procuren de aliviar el gran peso de este cargo con amor y obediencia. – O ¿no somos todas miembros de una familia espiritual, en la que se cuida de nosotras en la vida y aún después de la muerte? Sólo con la unidad y la caridad hay bendición y prosperidad! ¡La discordia destruye! Hermanas de las Escuelas, consideren a menudo que tienen que atender el jardín de Dios, los predilectos de Jesús. Comiencen las clases puntualmente al toque de la hora y termínenlas también así, pues los niños deben ver y aprender de nosotras la puntualidad y el orden. Por otra parte, tendremos que dar cuenta a Dios por cada cuarto de hora. De no ser así, ¡cuánto tiempo dejaríamos perderse inútilmente! Prepárense bien todos los días para esta importante tarea de ángeles que requiere gran diligencia y mucha gracia de Dios. Jamás peguen a un niño, sino más bien presenten a niños díscolos al Párroco. Con ánimo juvenilmente alegre se puede alcanzar mucho con los niños. Todas las hermanas ocupadas en trabajos domésticos deben por amor a Dios esforzarse sinceramente por ayudar y asistir en su difícil tarea de enseñanza y educación a las Hermanas que están en la escuela, mediante la oración y obras de penitencia y dando un ejemplo muy humilde y edificante. ¡Formamos todas una familia espiritual, compartimos los méritos de toda la congregación y debemos pues apuntar todas solidariamente a lo principal: que los niños que Dios nos ha confiado no sólo se hagan más sensatos, sino ante todo más piadosos y de buen comportamiento ante Dios y los hombres. Así lo exige la santa Regla, así lo espera y exige Dios de todas nosotras. Me alegraré indeciblemente si encontraré más o menos así a todas las queridas hijas cuando Dios me haga volver felizmente a Uds. a través del mar.

Y ahora, que una vez más he puesto ante sus ojos, queridas hijas espirituales, en apretada brevedad unos cuantos aspectos del espíritu de nuestra congregación, me apresuro por llegar al final, si bien todavía tendría mucho que decir.

Pido muy humildemente a todas las cohermanas que por el amor de Jesús me perdonen todos mis escándalos y descuidos. Oh, quisiera cada una de Uds. esforzarse por reparar lo que yo he echado a perder, por recuperar lo que yo he desatendido. No ha sido pequeña la carga que hasta ahora pesaba sobre mí; en el futuro irá mejor con la ayuda de Dios. Tengan compasión de mí, queridas hijas, y rueguen por mí. Sea que el Señor todavía me deje vivir más tiempo o que me haga morir, ¡recen por mí, recuerden a mi pobre alma! –

¡No se desanimen! Jesucristo estará junto a Uds. para ayudarles a vencer. Y si a veces la cruz les pesa duramente, apúrense por llegar a Jesús, el Crucificado, en el santísimo sacramento del altar! Recen, desahoguen ante Él sus penas y sus necesidades, tal vez en una hora de silencio nocturno, y jamás se retirarán sin iluminación, sin consuelo y ayuda. Yo también a menudo no pude hallar ayuda de otra manera, y para la mayor gloria de Dios puedo manifestárselo: Nunca me negó el Señor un pedido que le presenté en su santa causa por Uds., mis hijas. Muchas veces tenía que lamentarme ante Él por lo que a Uds. no les podía decir, porque no podían sobrellevarlo.

Lo ven con sus propios ojos, cómo hasta ahora Dios ha fundado, dirigido y protegido a su obra con brazo poderoso fuerza divina. Hasta nuestros enemigos lo confiesan a voces. Yo no pude hacer esto. Miren, éramos tres, pobres y abandonadas, que comenzamos la obra de Dios con fe y confianza sobrenaturales. ¡A cuántas vírgenes ha llegado a reunir Dios, cómo ha bendecido su obra!

Ni los grandes del mundo nos negaron cosa alguna, porque el Señor lo quiso así. Ahora ha ocupado 22 casas con Hermanas nuestras, y 2 con candidatas religiosas. En 8 de las mismas erigió Él mismo

su casa en el Santísimo Sacramento del Altar. Hace poco ha salvado evidentemente a una de estas casas de la furia de las llamas que destruyeron su templo cercano, y Él mismo se refugió de allí a la pobre vivienda de nuestras Hermanas, en cuyo medio todavía permanece desde aquel tiempo. – Ya ha confiado a nuestra atención y educación a más de 5000 almas infantiles – y todo esto en el breve tiempo de apenas 4 años desde el comienzo de nuestra congregación. Sin fondos ni medios construyó para nosotras la hermosa, espaciosa y funcional Casa Madre y alimentó hasta ahora maravillosamente como a aquéllos en el desierto a 135 de sus servidoras, de las cuales hasta ahora el divino Esposo ya ha llamado a 15 de este valle de lágrimas a su lado. Todavía muriendo, ellas agradecieron de manera tan piadosa y conmovedora y se regocijaron por poder expirar en el espiritual estado religioso, prometiendo recordarnos ante el trono de Dios. ¡Cómo gozarán junto a Dios en la compañía de nuestros bienaventurados fundadores Wittmann y Job!

Consideren además, queridas hijas, de cuántos peligros y aflicciones el buen Dios hasta ahora nos ha salvado de manera infinitamente misericordiosa y bondadosa. Entre otras cosas, también ha devuelto milagrosamente a la vida, estando ya próxima a muerte, a su pobre Madre espiritual que escribe esto – el 7 de marzo de 1840 – y aún ahora me regala tantas gracias y tiempo para poder todavía ordenarlo todo con plena conciencia, tal como hay que hacerlo antes de morir. -

También en cuanto a nuestra Santa Regla, Dios lo ha ordenado todo sabiamente. Nuestra vida religiosa interna ha estado ordenada hasta ahora según la Santa Regla de N. D. del beato Pedro Fourier, aprobada por Roma, según la cual siempre hemos emitido nuestros votos. Nuestra relación con el exterior, especialmente respecto a las filiales, por supuesto toma una forma nueva, causada por las necesidades de nuestro tiempo y adaptada a las mismas, para que podamos ir en auxilio de los queridos niños, los predilectos de Dios, también en localidades más pequeñas según la intención y el espíritu de nuestro bienaventurado fundador Job. Dios mismo dispuso hasta ahora tan delicadamente todo para esta su obra y nos permitió reunir ya suficiente experiencia, de manera que después del feliz término de la misión y el regreso a la cara patria puedo presentar a nuestro reverendísimo Señor Arzobispo los necesarios agregados y modificaciones respecto a la antigua Santa Regla. Son pocos y no esenciales, pero necesarios para nuestro tiempo, pues sobre todo nuestro actual sistema escolar difiere en varias cosas, o sea, está cambiado. Este paternal y afectuoso prelado que Dios nos ha dado quiere según su sabio criterio presentarlo todo nuevamente a la Santa Sede. Así Dios completará también esto por medio de nuestra santa Iglesia católica. –

Todo esto, queridas Hermanas, ¿no nos animará a la confianza filial, a la más íntima gratitud, al ardiente amor a Dios que hasta ahora ha sido tan infinitamente bondadoso con nosotras, las pobres? Sí, queridas hijas, empecemos de nuevo a servir al Dios Uno y Trino con alegría por toda nuestra vida, a amarlo sobre todo, a obedecerle, tal como en la patria celestial lo haremos para siempre. Hasta ahora, Uds. han puesto su confianza en mí, movidas por la fe sobrenatural de que es Dios quien conduce a las almas a través de los superiores. Muchas de Uds. no me han ocultado ni un repliegue de su corazón, manifestándome hasta los secretos más íntimos de su corazón. No tendrán que arrepentirse de ello; ¡les consolará en el lecho de muerte, queridas Hermanas, como a la recordada María Ambrosia! Esto me facilitó mucho la conducción de las almas, pero morirá conmigo en el corazón. Y hasta entonces siempre me impulsará a rezar con más fervor por tales Hermanas y amarlas más íntimamente como a hijas sencillas y francas. Sí, este sagrado lazo del amor en Jesús, con que el Espíritu Santo ha rodeado nuestros corazones, ni el mar ni la muerte lo podrá desatar ni aflojar; espero que nos unirá eternamente en el más allá, en el país de los bienaventurados. – Por tanto amor inmerecido puedo yo sólo darles mi débil agradecimiento; pero Dios se lo premiará abundantemente. -

¡No se olviden, queridas hijas, cuánta gratitud le deben a su Padre espiritual y cofundador de la obra de Dios! Él las formó a todas como a hijitas pequeñas, sin pretender nada, con todo cariño. Él les enseñó a pasar por el espantoso desierto lleno de abismos y a caminar con la gracia de Dios seguras por el sendero estrecho en el santo estado religioso. Aún lejos de la Casa Madre es para Uds. y sus niños un Padre espiritual. Sean agradecidas, queridas hijitas, y recen que el Señor les deje este apoyo todavía por mucho tiempo. Sean hijas piadosas, fieles y obedientes y no se olviden

de sus deberes hacia él tampoco cuando oprimido por sufrimientos y penurias indecibles, tal vez debilitándose por la edad y la falta de salud, esté ahí su Padre espiritual que les ha dedicado toda la fuerza de su juventud y, mirando lo más alto, renunció siempre a recompensas terrenales. Agradecidas y dispuestas a ayudarle, alcáncenle la mano en todas las necesidades, cumplan con reverencia el mandato del Señor; así me lo ha pedido todavía el Padre Job. Cuando yo no pueda cumplir mas este caro legado, mi promesa hecha entonces, háganlo Uds. en mi lugar, mis queridas, buenas hijas.

Uds. deben saber también, queridas hijas, que nuestro Reverendo Padre ahora necesita doblemente la fuerza de arriba. Además de sus trabajos apostólicos, conventuales y escolares, le ha sido encomendada ahora la atención de todos nuestros asuntos externos. Ha sido aprobado por la curia arzobispal como nuestro Padre espiritual. Estos trabajos no son pocos y a menudo también muy difíciles, especialmente en nuestro tiempo. Recen, hijas, y no proporcionen sufrimientos a la congregación. La carga ya es casi aplastante, hasta que el Señor tal vez permita que yo en mi pobreza o mi legítima sucesora vuelva a quitarle una partecita de ella. - ¡Sea como y cuando Dios quiera! –

Si llegaran a levantarse poderosos enemigos visibles e invisibles, de los que tenemos muchos, y querer sacar de su lugar la piedra angular para que el edificio por sí sólo se desmoronara y cayera – oh, entonces, queridas hijas ¡estén muy unidas! Hagan lo que hicieron los primeros cristianos: ellos suplicaron unánimes día y noche al Todopoderoso por Pedro que por el nombre de Jesús estaba encarcelado, y las cadenas de éste se abrieron solas – la comunidad de Dios recibió de manera milagrosa a su Padre espiritual de vuelta. Oh recen, recen sin cesar, queridas hijas, en todas las necesidades acudan al divino Corazón de Jesús y a María! Donde no hay ayuda humana, todavía es posible la ayuda de Dios. Tan sólo confíen en el Señor. Él no les defraudará. –

La Hermana María Foreria ya está al tanto de todos los asuntos conventuales. Ella será, hasta que Dios traiga de vuelta a mí, la más miserable, mi sustituta aquí en la Casa Madre, aprobada como tal por la autoridad eclesiástica. De lo demás cuidará el Señor.

De manera digna de adoración prepara Dios ahora para nosotras, las pobres, el camino de la misión a América en este tiempo problemático. Las Hermanas, a las que debo acompañar a Santa María – ellas mismas lo han pedido – son: las profesas María Magdalena, Serafina, Carolina y las novicias: María Aloisia, Alexandra, Zita, Agata, Emerana: También las candidatas Eugenia Asmus y Crescencia Schaupp lo deseaban ansiosamente.

Encomiendo solemnemente a la Santísima Trinidad a todas las Hermanas que quedan aquí. ¡Dios Padre cuide de todas Uds. y les mantenga firmes y fieles en su sagrada vocación! ¡Dios Hijo les salve de todo mal de pecado; Él sea para vosotras el camino que recorren – la Verdad que siguen – la Vida que llevan! ¡El Espíritu Santo les guarde en su amor y gracia! María, la Madre de la divina gracia y de nuestra congregación, les acoja a todas en su amantísimo corazón maternal y les asista en la vida y en la muerte. ¡Sus santos Ángeles de la Guarda les acompañen a Uds. y a todos nuestros alumnos y pupilas en todos los caminos, para que ni ellos ni Uds. jamás resbalen ni tropiecen!

En los más puros, más amantes, más consoladores corazones de Jesús y María queremos diariamente saludarnos, vencer, buscar consejo y recrearnos! ¡El santo Padre Agustín y Pedro Fourier rueguen por Uds., que prosperen sus escuelas e internados!

Nunca, jamás me olvidaré de Uds. Ya saben, mis queridas hijas espirituales, que les he amado con gran cariño. Diariamente gemiré por Uds. con lágrimas, como hasta ahora, a Dios, el Padre celestial, permaneciendo espiritualmente al pie de la cruz; diariamente les bendeciré como su Madre espiritual. Y si Dios me llamase en alta mar o en América o dónde y cuándo Él quiera y no volviéramos a vernos en este terrenal valle de lágrimas, entonces – si Dios no me desecha, si me acoge como a la última de las tuyas – también más allá, en el país del descanso y de la paz eterna

no me olvidaré de Uds. y de sus niños ante el trono de Dios. Porque, queridas Hermanas, aunque a menudo les parecía seria, les he amado muy de corazón, maternalmente – créanlo. Es cierto, la separación de Uds. me resulta difícil; pero está llamando el Señor, el que por nosotros, los pobres pecadores, ha dejado el Cielo. Bendíganlo por mí porque nos considera dignas de esto!

Pero recen también Uds., queridas Hermanas, por nosotras, para que crucemos felizmente el mar tormentoso y lleguemos a la santa ciudad de María! Con cariño les responderán con sus oraciones los pequeños abandonados de allí, a cuyo auxilio vamos, así como también sus ángeles, y se mostrarán agradecidos. ¡Y si Dios ya no quiere permitirnos trabajar aquí en la patria, sino llevarnos a todas allá, queremos todas servirle allá durante toda nuestra vida!

Queridas hijas, ¡caminen pues ante Dios y serán perfectas! –

Para terminar, una vez más: “Hijitas, ámense unas a otras, hasta que – sea aquí o en el más allá – después de un pequeño tiempo volvamos a vernos!”

¡La fuerza y la bendición de Dios permanezcan siempre con Uds.! ¡Amén!

¡Vivan Jesús y María!

Su pobre Madre *María Teresa de Jesús.*

De nuestra Casa Madre en Munich
en la fiesta de la Santísima Trinidad,
30 de mayo de 1847.